

# DISCURSO DE AMÉRICO RICALDONI

## En ocasión de sustituirse el nombre de la Sala *Larrañaga* por el de *Pedro Visca* en el Hospital Maciel <sup>1</sup>

*El 20 de mayo de 1912 a las 01.30 fallece Pedro Visca. Pocas semanas después, la Facultad de Medicina resuelve poner el nombre de Pedro Visca a la Sala Larrañaga del Hospital Maciel, centro y cuna de la docencia clínica en el Uruguay desde su inicio como profesor en 1885, acto en que pronuncia un luminoso discurso su discípulo y sucesor en la docencia clínica: Américo Ricaldoni.<sup>2</sup>*

Quiero recibir, señor Decano, vestido con la blusa del trabajo, la honrosa comunicación que en nombre del Consejo de la Facultad de Medicina venís a hacerme, y que llega al mismo tiempo que la orden. Traída por el Director e la Asistencia Pública, de sustituir el antiguo nombre de esta Sala por el del Doctor Pedro Visca. Quiero recibirla así, porque me figuro que en esta forma va a ser más significativo mi modesto homenaje a la memoria del que fue Director de esta Clínica.

Os hablo con el corazón en la mano. Tal vez en ningún instante de mi vida universitaria he sentido más hondas y perturbadoras emociones que en el actual. Por un lado, me veo, en razón de un acontecimiento doloroso, llevado a ocupar precipitadamente una Cátedra que un hombre ilustre animó durante muchos años, y que ha partido dejando aquí una solución de continuidad violenta, brutal, que ningún esfuerzo mío va a ser capaz de disimular. Es en cierto modo un depósito sagrado que me toca recoger. Y no me atrevería a disponer de él, temeroso de lesionar su prestigio, si no fuese que el querido maestro, en más de una ocasión, al hablar del día de su retiro tranquilo del profesorado activo, había admitido sin resistencias la posibilidad de que fuese precisamente yo, humilde discípulo suyo, quien le sucediese en el desempeño de la cátedra. Por otro lado, agita mi alma el pensar que de esta Sala va a desaparecer un nombre que, con los de Vilardebó y Maciel, recuerda toda una larga tradición de generosa hospitalidad hacia la Facultad de Medicina. Para nosotros, en efecto, los que en tiempos menos felices que los de hoy, -tiempos hoscos para la enseñanza- encontramos en la Sala Larrañaga, como poco antes en las Salas Vilardebó y Maciel, dirigidas por Serratosa y Pugnallín, otros dos Profesores, caballeresco, el uno, ejecutivo el otro, que se nos ha ido, un templo abierto al estudio de los enfermos, aquel hombre, como éstos, nos ha quedado como un símbolo de la fuerza que nos

---

<sup>1</sup> REV. MED. URUGUAY. 15: 101-110, 1912. Reproducido en Rev. Hosp. 5 (6): 533-547/1912 y en Rev. Histórica, 41: 751-760, 1970. Tomado de MAÑÉ GARZÓN, Fernando: PEDRO VISCA, Fundador de la Clínica Médica en el Uruguay, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1983. Tomo II, págs. 226-235

<sup>2</sup> MAÑÉ GARZÓN, Fernando: PEDRO VISCA, Fundador de la Clínica Médica en el Uruguay, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1983. Tomo II, págs. 54 y 55.

defendiera entonces contra el encono y las preocupaciones del medio. Era el símbolo de esa misma fuerza, eternamente en lucha en el seno de las sociedades humanas, que el pincel de Miguel Angel comentó, con vigor incomparable, al trazar en lo alto de la Capilla Sixtina, el gesto magnífico de la Creación... Y yo, en verdad, hubiese querido contemplar escritos en un mismo rango al frente de esta Sala, el nombre de Visca, luminoso como una gloria, y el de Larrañaga, tierno como el amor.

Yo sé perfectamente que no obstante la sustitución el nombre de Larrañaga no abandonará del todo este Hospital; sé aún que, por fortuna, continuará aplicándose a una Sala que también ha de conservar a su cargo la Facultad de Medicina; pero, a pesar de eso, chocará siempre a nuestra ingenua fantasía y será una pena para la dulce poesía de las horas que fueron, que vayan ahora a formar enseñas distintas estos dos nombres que durante tantos años constituyeron un algo armoniosamente indisoluble. Será la "Sala Visca", pero no será ya "su" "Sala Larrañaga", esa Sala, de la que sus antiguos discípulos tomábamos orgullosamente el título para imprimirlo a la cabeza de nuestras amorfas historias clínicas, esa Sala en la que, en las turbulentas mañanas de nuestros primeros estudios, espiábamos impacientes el momento de ver asomar la gallarda silueta del maestro querido. Y desde entonces nunca se nos representó el Maestro sino en la Sala Larrañaga, y nunca se pensó en la Sala Larrañaga sin pensarlo a él mismo desarrollando en ella sus lecciones.

Bien comprendo que es mi imaginación sobreexcitada la que habla, pero hay instantes en que no puedo sustraerme a la ilusión de oír su voz señalando esta extraña contradicción: que justamente el hecho de consagrarse la posesión definitiva de lo que en realidad fue siempre suyo, haya venido a quitar a la cosa poseída el atributo que había sido más estimado por él. Si la organización de este Hospital lo hubiese consentido, todo quizás se habría llegado a conciliar, manteniendo a la Sala su primera designación y dándose el nombre de Visca al anfiteatro de cursos que se le hubiese anexado. En el hospital de Clínicas futuro, -verdadera tabla rasa que permitirá todas las inscripciones- tendrá, no lo dudo, decretada su existencia el "Anfiteatro Visca", en el que el busto del incomparable Profesor presidirá las doctas reuniones... Y desde luego, señor Decano, concedednos que ya de inmediato figure este busto aquí, a nuestro lado, donde, como en un altar ante el cual ha de arder el fuego sagrado, nuestra admiración va a servirle hasta aquel momento de respetuosa custodia.

Perdonadme, señor Decano, perdonadme vosotros todos esta expansión de mis sentimientos íntimos. Al hacerme cargo de esta Sala es otra cosa la que esperáis de mí. Esperáis, -por más que habéis

de saberlo mejor que yo- que os diga cuál fue la semilla que dejó Visca en nuestra Facultad, cuáles han sido los frutos que a su genio se debieron.

Rehacer la historia de Visca nos es hoy tarea fácil, porque ahí está a nuestro alcance, palpitante aún. Pero, no lo será así mañana, porque nuestra lamentable manera de vivir al día nos va haciendo imposible conservar los rastros de nuestra actividad científica profesional. Las generaciones que vienen, nada o poco pueden aprovechar de las enseñanzas y recuerdos de las generaciones que se van. No se me oculta que recién comenzamos a organizarnos y por mucho tiempo todavía, serán más profesionales que especuladores científicos los hombres que de nuestra Facultad han de irse desprendiendo. Pero la demanda profesional cesará algún día de producirse en términos urgentes, y entonces veremos al fin haciéndonos familiar el espectáculo, destellar las ideas en el ambiente a manera de diamantes que quiebran, dividen y disgregan en mil colores las palpitaciones luminosas del Sol. Llegada esa hora, ya nada se podrá perder de cuanto dentro de claustros ocurra. No faltarán, en la forma estable que es menester, ni las páginas que fijen la evolución de nuestras aptitudes para asimilar o crear, ni las que señalen asimismo las peculiaridades de nuestro carácter o de nuestro humor. No faltarán ni las notas serias, humildes o geniales, que traduzcan el hervor más o menos fecundo de nuestros gimnasios, ni las crónicas ágiles y amenas que describan los gestos, los tics, las manías de nuestros hombres. ¡Y qué mas bello, y qué más útil para nuestros hijos que tener así abierto, de par en par, el libro fiel y auténtico que narra la historia de los esfuerzos y aspiraciones y de las modalidades y características de las épocas pasadas!

Es incalculable lo que hoy por hoy arrojamos despiadadamente al arroyo, sin cuidarnos de que nadie lo recoja. Deshojamos nuestras margaritas abandonando sus pétalos al viento, sin importarnos de que desaparezcan para siempre en la primera vuelta del camino. Es como si creyéramos que sólo se avanza con las convulsiones del genio y que nada se adquiere con el trabajo lento y paciente. Deplorable error que da lugar a que un mundo de energías se nos malgaste de continuo sin más resultado que un fugaz chisporroteo. No dejamos de poseer el empuje, pero nos faltan el tesón y la disciplina. Trabajamos tan sólo para la hora actual, y no nos inquieta el mañana, sin pensar que por culpa de ello podremos hacer malograr en estériles afanes, hasta a los que el futuro vengan ya señalados en la frente y prestos para la lucha desde el Palacio Azul del delicioso cuento de Maeterlinck. Es ya tiempo que no aparentemos ignorar que la acumulación de hechos es por sí sola fecunda, y que por lo tanto vale la pena que nos esforcemos por amontonar los protocolos de nuestras observaciones, por hacer desbordar nuestras bibliotecas, para llenar las vitrinas de nuestros museos, por enriquecer nuestros herbarios y colecciones...

Acumulemos, amontonemos sin contar; acumulemos siempre; que, tarde o temprano, ya surgirá la idea que sacuda impaciente estos documentos y remueva sus misterios, desentrañando, con luz sorprendente, aquello mismo que hoy, en nuestra apresurada marcha, apenas si llegamos a presentir.

Es innegable, sin embargo, que de ninguna manera hemos sido refractarios al progreso. Hace apenas veinte años la Facultad no era más que una simple reunión de niños traviesos, que jugaban "a los doctores y los sabios". Desde entonces acá las autoridades universitarias se han sucedido, llevando como propósito firme la realización experimental de la enseñanza: los laboratorios se han multiplicado y se han ido colocando a la altura de las aspiraciones modernas; las clínicas se han dividido y subdividido, adjuntándoseles un material cada vez más abundante de investigación y estudio. Los institutos biológicos son ya una realidad; para un futuro próximo vislumbramos en función el Hospital de Clínicas, que deberemos a los valientes y tenaces esfuerzos combinados de nuestro actual Decano y del Director de la Asistencia Pública, y que, concebido según un plan generoso por las meditaciones austeras de la Ciencia, se ofrecerá al Dolor como templo supremo de la Esperanza.

Pero las autoridades universitarias, que tanto han hecho por proveernos con amplitud de los utensilios del trabajo, completarán, sin duda, su obra fomentando decididamente el orden y disciplina en su aplicación. Se podrá llegar a ello de mil maneras y por mil caminos. Será estimulando la organización de conferencias de altas especulaciones científicas; será proponiendo a institutos y laboratorios determinadas investigaciones experimentales; será obteniendo el concurso para la enseñanza clínica de todos los servicios de hospitales; será facilitando, y aún imponiendo la impresión literal y la reproducción iconográfica de las experiencias y lecciones; será quizá también llegando a la rehabilitación de la antigua "tesis..." La tesis de doctorado, -facultativa en este caso, si se quiere- la tesis para los concursos, la tesis para la obtención de determinados premios, obligarán a meditar con más calma y a tomar nota más detenida de cuanto ocurre en Salas y Laboratorios, sin abandonar a veces al olvido como suele suceder hoy, las observaciones más peregrinas y los frutos mejor sazonados de nuestro ingenio.

Si me he permitido hablar de todo esto, es porque todo esto me lo ha sugerido la actuación de Visca en nuestra Facultad, la desproporción notable entre lo que de él se debería esperar y lo que ha dejado, entre lo que pudo dar y lo que efectivamente dio. Nadie disponía de mejor y más sólida base científica que él; nadie podía excederlo en la gracia para enseñar. Nadie mejor que él sabía transmitir con elocuencia, pero sin afectación ni amaneramientos, su ciencia gentil, que de tal podía

calificarse esa su ciencia, que venía a nuestro encuentro siempre vestida de gala, siempre clara y pulida como el cristal. Y sin embargo, si bien los que hemos tenido la suprema dicha de seguirlo y de escucharlo, guardaremos hasta el fin la impresión grata de sus bellas lecciones, nos duele el saber que no más allá de esta última generación que lo ha alcanzado, se podrá tener cuenta efectiva de su singular valor. Al oído se lo irán trasmitiendo, es cierto, los que se van a los que vienen, todo lo que representaba este Profesor excepcional, pero el eco de nuestra admiración se irá debilitando cada vez más hasta que, en el transcurso de los años, llegue el momento en que, no obstante resonar todavía su gran nombre, no haya quien pueda, con testimonios de los que no perecen, señalar concretamente las magnificencias de su obra.

Suponed, por el contrario, que sus improvisaciones cotidianas hubiesen sido recogidas y difundidas con la solicitud que merecían; suponed que, estimulado por los programas de enseñanza, hubiese multiplicado y variado sus conferencias magistrales, de las cuales una serie, la que dictó sobre el "Colera morbus", ha quedado escrita, por fortuna; suponed que urgido por las obligaciones reglamentarias de sus discípulos hubiese puesto a contribución plena su penetración clínica y su inagotable erudición; suponed que las exigencias del medio hubiesen llevado su pluma al libro; suponed todo eso y decidme si con eso sólo no habría tenido Visca el mejor de los monumentos que él mismo hubiese podido mencionar. En cambio nos vemos hoy en el caso de lamentar que la falta de estímulo y de ocasión hayan impedido el libre desarrollo de las impetuosas fuerzas vivas que tan asombrosa potencialidad debía contener... Hagamos un pequeño alto ante este ejemplo para que, de lo que hubiera podido hacer vacilar nuestra fe, surja el remedio, la bienhechora reacción.

Los que fuimos, cronológicamente hablando, los primeros discípulos de Visca, hemos de estarle, a pesar de todo, muy gratos, por muchas y muy buenas razones. Las clínicas eran en aquella época muy deficientes, y al Hospital debían los estudiantes penetrar poco menos que a hurtadillas, temerosos, siempre, de cruzarse en corredores o escaleras con quien lo fulminase por su osadía al perturbar la obra de caridad casi vergonzante que entonces se practicaba. Se incurría en grave pecado demostrando extremado interés por algún enfermo. Las Salas femeninas estaban herméticamente cerradas. Se carecía en absoluto de laboratorio... En esas condiciones no era cómoda ni fácil la enseñanza práctica... Fue así, sin embargo, como hubo de tomarla el doctor Visca. Traía el espíritu claro, fulgurante, sintético, de la escuela francesa. Poco antes, en un breve pero meritísimo interinato, otro médico muy querido de las aulas, el doctor Crispo Brandis, había enseñado la clínica analítica, precisa, penetrante, de la escuela italiana. El golpe de vista, el ojo clínico del doctor Visca, su manera rápida y justa de coordinar las peculiaridades de cada caso, habían

despertado de inmediato nuestra admiración. Simultáneamente, y a su lado, doctor Figari, con indiscutida competencia, nos entregaba, pedazo por pedazo, y en interesantes demostraciones, lo mejor y más preciso de la semiología.

Desde su entrada en la cátedra puso el doctor Visca especial empeño en que nos ejercitásemos diariamente en su método, del que él a justo título, se mostraba ufano. Expuesto el caso clínico por uno de sus alumnos, los demás, sucesivamente, lo sometían a una crítica, más o menos feliz, pero siempre vivaz, a veces cruel; la controversia cesaba, cuando el maestro, al fin, en un compendio armonioso, comentaba los detalles de la observación y a las opiniones emitidas, quitando aquí, poniendo allá, aplaudiendo de este lado, reprobando del otro, y formulando en último término, su interpretación propia, generalmente límpida y tranquila como la verdad misma, y seguida de consejos prudentes, de reflexiones serenas y de interesantes excursiones hacia todos los puntos cardinales de la Medicina. No era el menor de los méritos de este método la ardiente emulación que despertaba entre los alumnos, aguzando en ellos el espíritu crítico y obligándolos a escudriñar y estudiar para tener preparado en el momento oportuno el explosivo que, no obstante el intenso compañerismo de las horas libres, debía hacer añicos al adversario.

Por mi parte, me esforzaré en mantener, -y mucho más en esta Sala que fue su teatro- este método de enseñanza, que aprendí cuando tuve la fortuna de ser interno. Tengo la convicción que con ello haré bien, porque el método vale por sí mismo, independientemente del que se le apropie y lo utilice, y aún faltándole el prestigio del que con una leve presión de sus sienes hace brotar a raudales la linfa fresca y transparente de su saber.

Es cierto que Visca debía asistir a transformaciones radicales en el campo de la Medicina. Las investigaciones biológicas empezaban a tomar ya en aquel entonces un vuelo prodigioso que no se sabe aún hoy ni dónde ni cuándo culminará. Seguir la marcha de la Medicina actual se hace difícil, a ratos imposible. Puede pensarse que, sorprendido por el movimiento que se producía, el doctor Visca vacilase un instante. ¿Debía rehacer el camino andado, abandonar la escuela de Laennec y de Bouillaud, quemar los libros de Trousseau y de Jaccoud, olvidar los procedimientos de Potain y de Peter, y lanzarse resueltamente por la nueva vía? Hubiera sido un error, y Visca no podía cometerlo. Su misión era más útil que nunca; llegaba a tiempo para evitar que todo se sacrificase sin consideración a los ídolos nacientes, que la retorta y el matraz, el microscopio y el conejillo de Indias se sustituyesen por completo al examen anatómico y fisiológico directos, suprimiendo las impresiones obtenidas sobre el terreno por el empleo juicioso e inteligente de los cinco sentidos. Hay un arte de arrancar sus enigmas al mal, que no descansa pura y

simplemente en la experimentación fría, en el trasiego brutal de los humores humanos al Laboratorio. Hay toda una serie de bienhechoras reacciones nerviosas que sólo nacen en la conversación reconfortante entre médico y enfermo y de la aplicación de ojos que ven y manos que sienten, -y que imponen el convencimiento que ven y sienten- sobre los órganos del paciente. Hay acentos del dolor que jamás podría descubrir la más quintaesenciada alquimia y que exigen perentoriamente la educación especial de la vieja clínica.

La ciencia de Visca venía vaciada en un molde, y para ponerla en práctica poseía cualidades sobresalientes, recursos de una riqueza incomparable. Frente a la de él hubiese levantado su cátedra el médico-biologista más perfecto, que la suya no habría perdido por eso nada de su brillo. ¿Acaso Rendu en Necker no congregaba a su alrededor un auditorio atento y numeroso al mismo tiempo que Chauffard en Cochin admiraba por el análisis impecable del metabolismo patológico?

No obstante todo esto, Visca, que comprendía mejor que nadie el inmenso porvenir que esperaba a las modernas tendencias, no titubeó en alentar a sus discípulos la marcha decidida hacia la nueva luz. Pero, quizás esta misma revolución que se operaba en la Medicina, fue otro factor que influyó indirectamente para que Visca no desplegara a fondo todas sus energías. Su poder de asimilación era enorme, nada de lo que acaecía en el dominio de las ciencias biológicas le era extraño, pero tal vez temió en algún instante, quién sabe qué reproches de la novelería estudiantil.

Además existía en él, como en Potain, ese gran clínico que la Piedad misma parecía haber designado para desparramar su propia infinita dulzura al paso del Dolor, cierto tímido pudor por la exhibición de su personal valer, asociado a un escrupuloso respeto por los méritos ajenos. Y los que marchaban detrás de él con paso vacilante, nunca oyeron de su parte sino palabras de aliento, jamás se sintieron considerados por él con impertinente altanería.

Tales circunstancias no impedían que su duda filosófica, su concepto de la falibilidad humana, introdujesen un algo de escepticismo y de ironía amables en las manifestaciones de su espíritu selecto. Porque era así, solía oponer un prudente ¡quién vive! A toda innovación, y en presencia del avance de las inas y los enos de la farmacopea, -a menudo recogidos en la clínica antes de que en los laboratorios se dejasen oír los aullidos caninos determinados por su ensayo- insistía repetidamente en la necesidad de no olvidar el respeto sagrado que todo médico debe siempre a la vida de sus enfermos. Cuando la ciencia entera quedó pasmada de admiración ante la revelación de la primera tuberculina de Koch, Visca previó desde la Sala Larrañaga, - en la cual se verificaban experiencias- todo cuanto hubo de

reconocerse más tarde como exacto; esto es, el peligro de su uso en forma primitiva; su utilidad probable con el empleo infinitesimal.

De todos modos, Visca, -y aún sin quererlo expresamente- enseñaba siempre, enseñaba sin cesar. No sólo hacía enseñanza cuando coronaba el ejercicio clínico del día con su disertación magistral o cuando en los corredores del hospital, -cuyas arcadas venía el Sol a destacar en intensos y magníficos contrastes- realizaba su lección peripatética, sino también la hacía cuando en cualquier instante de su conversación se dejaba como Montaigne complacientemente llevar por los caprichos del viento... Y hasta volver del trabajo, traspuesta ya la hora del meridiano, sabía de tal modo interesar a sus alumnos, que éstos, sofocando sus propias famélicas angustias, se apresuraban a formarle afectuoso séquito para ir oyéndole comentar a lo largo del camino, y a la manera de Mr. Bergeret, los acontecimientos del día.

Su lenguaje poseía seducciones singulares, y las poseía aún entonces cuando, leve como un susurro, se deslizaba por entre sus labios oprimidos sobre un cigarro de marca, formidablemente magullado, pero eternamente sin fuego! Con mil matices en su fuerza de expresión, huía de las rigideces de la forma para escurrirse dúctil y flexible por entre los accidentes del discurso; a veces ágil como un lápiz definía en dos trazos un ejemplo o una idea de importancia decisiva.

La anécdota venía de tiempo en tiempo a introducirse juguetonamente en su expresión. Era sobre todo, -al estilo de las que, en nutridas series, ha comentado la pluma amena del doctor Cabanés- la anécdota de carácter histórico, y referente a hombres y doctrinas de su época; era la anécdota breve, incisiva, por lo común alegre como un cascabel, lo que Visca solía evocar con hábil oportunidad para mantener alerta la atención de sus oyentes o dejar en ellos impresión durable al asunto que se discutía. Y el auditorio, así llevado irresistiblemente por su palabra, no perdía tampoco detalle de sus gestos, ya fuere cuando, dominado por la impaciencia o queriendo acentuar una afirmación, sacudía en desorden la larga cabellera con un movimiento enérgico de su gran cabeza, ya fuere cuando el bastón de empuñadura de oro que su diestra jamás abandonaba, traducía en líneas descriptivas su pensamiento o marcaba sobre el pavimento el flujo y reflujo de su tensión nerviosa.

Con su ademán concurrían a formar un todo de simpática originalidad, su porte clásico de hombre que parecía tallado en un bloque antiguo y su verruga ciceroniana que un día, -en una hora de rebelión sacrílega- pensó, -sin llegar al acto, por fortuna- quitarse violentamente del rostro. Vosotros todos que habréis leído tantas veces las exquisitas crónicas de Helme, decidme si al contemplar en una de ellas, las traviesas y deliciosas acuarelas de Boilly, no habríais, como yo,

experimentado el deseo irresistible de que algún ingenio de ese fuste nos hubiese dejado aquí entre nosotros, escritas en la misma forma, la silueta y el alma de nuestro querido Profesor.

¿Es preciso agregar que un hombre de tales cualidades debía necesariamente hablar a nuestros sentimientos con tanta nobleza como a nuestra inteligencia? Efectivamente, con su presencia en esta clínica, Visca nos traía continuamente un ejemplo de una honestidad profesional sin tachas, de una infinita benevolencia, de una suprema tolerancia. Era una página viviente de deontología médica, en la cual se podían leer con caracteres de una insuperable nitidez, los preceptos del decálogo al que todos nosotros en todo momento nos debemos someter. En las horas oscuras de nuestro batallar, cuando la laxitud o el cansancio, la fiebre o la pena, llegan a desorientar nuestros sentimientos, su recuerdo ha de servirnos seguramente, para hallar la manera pronta y eficaz de serenar en nosotros las dolorosas ansias, las abrasantes dudas...

Y ahora, señores, que, en la medida de mis fuerzas, he cumplido con el deber de hacer revivir el espíritu de Visca en esta Sala, que fue y será siempre la suya, y ahora que he intentado iluminarme en mi camino con gratos resplandores, estudiado el surco dejado por él, lo mismo que sus entusiasmos que sus desfallecimientos; ahora, señores; reanudemos, si os place, la tarea.

-----